

José A. González Alcantud
Juan Calatrava Escobar (eds.)



Memoria y Patrimonio

Concepto y reflexión
desde el Mediterráneo

eug

Con el apoyo de los proyectos de investigación P06-SEJ-02101 (Junta de Andalucía) y HUM2007-66163 (Ministerio de Educación y Ciencia), y del grupo de investigación HUM-584 (Observatorio de Prospectiva Cultural)

© J. A. GONZÁLEZ ALCANTUD
J. CALATRAVA ESCOBAR (eds.)

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

MEMORIA Y PATRIMONIO. CONCEPTO Y RE-
FLEXIÓN DESDE EL MEDITERRÁNEO

I.S.B.N.: 978-84-338-5445-2. Depósito legal: GR.-3.096-2012.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Fotocomposición: Portada Fotocomposición, S. L. Granada

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos —www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



*Destrucción del patrimonio
y memoria histórica:
la literatura martirial sobre
la Guerra Civil española*

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

LOS HISTORIADORES DEL ARTE ESPAÑOLES apenas si han prestado atención al fenómeno iconoclasta, a pesar de que en este país es donde se ha producido la manifestación más espectacular de destrucciones de edificios e imágenes religiosas del siglo XX, superando incluso a las que se conocieron durante las revoluciones soviética y mejicana. Desde el campo de la historia del arte pueden citarse los trabajos de José Álvarez Lopera¹,

1. Álvarez Lopera, cuya tesis doctoral versó sobre la defensa del patrimonio histórico por la República durante la Guerra Civil,

los del autor que firma este artículo² y el de Francisco Fernández Pardo, que le dedica casi un tomo de su amplia obra sobre la destrucción del patrimonio histórico español³. Es cierto que ya en la Guerra Civil hubo historiadores del arte (José Hernández Díaz, Antonio Sancho Corbacho o Antonio Gallego Burín) que escribieron sobre las consecuencias de la iconoclastia, pero lo hicieron como aportación a la propaganda franquista y, en consecuencia, más allá de interesantes catálogos de imágenes y someros inventarios de lo destruido, no nos legaron intentos de explicación de un fenómeno que despachaban como una manifestación de la «barbarie de las hordas marxistas». Fuera del campo de la historia del arte ha sido un antropólogo, Manuel Delgado, quien más se ha preocupado de la cuestión, al dedicar-

también publicó varios artículos sobre la iconoclastia, entre los que puede citarse como ejemplo «Los anarquistas españoles ante el legado histórico artístico 1936-1939», *Cuadernos de Arte*, XXI (1990), 9-34.

2. Las causas que motivaron la explosión iconoclasta del verano de 1936 las he estudiado en *Iconoclastia, 1930-1936. La ciudad de Dios frente a la modernidad*, Granada, Universidad de Granada, 2007. El uso que la propaganda de Franco hizo de los daños al patrimonio histórico lo estudio en «Las destrucciones iconoclastas durante la Guerra Civil y su papel en la propaganda franquista», *Investigaciones Históricas*, 28 (2008), pp. 185-199.

3. Fernández Pardo, F., *Dispersión y destrucción del patrimonio artístico español, V. Desde la Guerra Civil a nuestros días (1936-2007)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2007.

le tres libros⁴; en el campo de la Historia Contemporánea hay investigaciones interesantes sobre el anticlericalismo de los años treinta (María del Pilar Salomón Cheliz, Julio de la Cueva Merino...)⁵, pero son poco numerosos. Y podrían citarse otros trabajos de menos aliento o que se aproximan de manera parcial, pero en cualquier caso, nos encontraríamos ante una bibliografía muy reducida en comparación con el interés del tema y, sobre todo, con el inmenso número de publicaciones que han suscitado otros aspectos de la Segunda República y la Guerra Civil.

Este desinterés —o quizás desagrado hacia un tema politizado y al fin y al cabo tan deprimente para un historiador del arte como el saqueo de templos y la masiva destrucción de imágenes— ha facilitado que la mayor parte de la literatura hoy disponible sobre el

4. Los libros de Manuel Delgado Ruiz son *La ira sagrada: anticlericalismo, iconoclastia y antirritualismo en la España contemporánea*, Barcelona, Editorial Humanidades, 1992; *Las palabras de otro hombre: anticlericalismo y misoginia*, Barcelona, Muchnik, 1993; y *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea*, Barcelona, Ariel, 2001.

5. Salomón Chéliz, M. P., *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, Universidad, 2002; Cueva Merino, J. «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil», en *El anticlericalismo en la España contemporánea. Para comprender la laicización de la sociedad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

tema sea la escrita por eclesiásticos que, como veremos a lo largo de este artículo, se han aproximado a tan complejo tema con una mentalidad martirial ajena por completo a lo que debe ser una investigación académica.

EL PRECURSOR DE LA LITERATURA MARTIRIAL: ANICETO CASTRO ALBARRÁN

La literatura martirial tuvo su precursor y más activo escritor en Aniceto de Castro Albarrán, magistral de la Catedral de Salamanca. Durante la Segunda República tuvo una decidida actitud catastrofista hacia el régimen político en unos momentos en los cuales la Iglesia apostaba por la estrategia accidentalista de José María Gil Robles, lo que le valió ser amonestado por su exaltado libro *El derecho a la rebeldía* (escrito en 1932 y publicado en 1934), que la Conferencia de Metropolitanos consideró «imprudente e inoportuno», sin abordar una crítica de su contenido⁶. En el prólogo el académico Pedro Sainz Rodríguez elogia un libro que explica «cómo puede llegar a ser legítima la rebelión y

6. Otros eclesiásticos extremistas como el jesuita Zacarías García Villada o el agustino Teodoro Rodríguez destacaron también por sus escritos apocalípticos e incendiarios. Callahan, W. J., *La Iglesia católica en España (1875-2002)*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 259.

la violencia», con la cual se han creado «heroicamente» estados totalitarios como los de Hitler y Mussolini. Desea para la Segunda República el mismo fin que tuvieron las democracias alemana e italiana, pues, entre otras cosas, denuncia su «interpretación liberal de la libertad, hoy totalmente superada»⁷. A continuación Castro Albarrán desglosa en más de medio millar de páginas los argumentos teológicos y jurídicos que en su opinión justifican la rebelión de los católicos contra los gobiernos temporales que maltratan a la Iglesia y de los cuales la Segunda República española es un claro ejemplo⁸.

Este libro lo reeditó ampliado tras la Guerra civil con el título *El derecho al alzamiento* (1941) indicando que «aquella rebeldía que yo entonces preconizaba, vino a concretarse, dichosamente, en nuestro Alzamiento Nacional del 17 de julio de 1936»⁹. Además, presume de que «no será infundada jactancia el afirmar que en este glorioso Alzamiento le cupo también alguna parte a nuestro libro», gracias a su «influjo doctrinal y moral en la preparación del ambiente para la sublevación», ya que

7. Pedro Sainz Rodríguez sería ministro de Educación Nacional con Franco. Castro Albarrán, A. de, *El derecho a la rebeldía*, (prólogo de Sainz Rodríguez, P.), Madrid, Gráfica Universal, 1934, pp. VI-IX.

8. *Ibidem*, p. 442.

9. Castro Albarrán, A. de, *El derecho al alzamiento*, Salamanca, Talleres Cervantes, 1941, p. 5.

[...] no faltaron los casos de rectos y prestigiosos militares que, en los días de la gestación del Movimiento, se resistían a comprometerse en la insurrección, por razones morales, pero que no dudaron en dar luego su nombre, dispuestos a dar también la vida, cuando alguien, con *El Derecho a la Rebeldía* en la mano, les convenció de que podían hacerlo con absoluta tranquilidad de conciencia¹⁰.

Pudo aplastarse así una República que «amparaba» los desmanes anticlericales y que «se vendió a los intereses judáicos de la Rusia soviética»¹¹.

En plena contienda bélica Aniceto Castro Albarrán dio a la luz *Guerra santa: el sentido católico del Movimiento Nacional español* (1938). El volumen está prologado por el cardenal Gomá, máxima autoridad de la Iglesia española. El prelado señalaba que la tesis central del libro, el derecho y necesidad de una rebelión contra la República, ha sido llevado a cabo por los buenos españoles liderados por «un puñado de bravos militares» y utilizando «el argumento inapelable de las armas»¹².

En esta obra Aniceto insiste en muchos de los argumentos de *El Derecho a la Rebeldía*, pero con menos

10. *Ibidem*, pp. 15-16.

11. *Ibidem*, pp. 397-398.

12. Castro Albarrán, A. de, *Guerra santa: el sentido católico del Movimiento Nacional español*, Burgos, Editorial Española, 1938, p. 7.

retórica y más claridad, para demostrar que era preciso destruir la tiranía laica y restituir el poder de la Iglesia. «El Movimiento Nacional es un hecho religioso» que «nació bajo el signo de la más acendrada catolicidad». «No es pues, nuestra guerra, ni Guerra Civil, ni mera reacción fascista, ni lucha de clases. Es, eminentemente, guerra religiosa». En esta guerra «jugamos, especialmente, con un juego definitivo, a religión o a irreligión, a Dios o a no Dios». Y concluye afirmando que «la España que, con la espada, resucitamos, será una, grande y libre. Precisamente porque será católica»¹³. No es de extrañar que Francisco Franco recompensara a Aniceto Castro Albarrán nombrándole su director de ejercicios espirituales, honor que más tarde tendría también José María Escrivá de Balaguer¹⁴.

Si su mérito en movilizar las conciencias católicas hacia un golpe de Estado fue grande, no menos lo fue su rapidez y generosidad a la hora de sumarse a las vindicaciones martiriales. Bajo el elocuente título *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la Cruzada Española* (1938) elaboró una colección de enfáticos relatos en los que se nos cuenta como sufrieron martirio varios derechistas y eclesiásticos en la Guerra Civil, el primero de los cuales es José Calvo Sotelo y el último la estatua del Corazón de Jesús del Cerro de los Ánge-

13. *Ibidem*, pp. 25-26 y 243-244.

14. Casanova, *op. cit.*, p. 292.

les, convirtiendo así una acción iconoclasta en el peor de los asesinatos.

Durante la guerra los sublevados publicaron libros de propaganda que tomaron la iconoclastia de los republicanos como un eje central de denuncia. Sus argumentos maniqueos y su lenguaje estaban inspirados o influidos en *El derecho a la Rebeldía* y la literatura catastrofista católica. Pero tenían una importante novedad, la relevancia que daban al apartado gráfico, pues la mejor manera de mostrar la barbarie de los enemigos consistía en exhibir iglesias históricas en ruinas y obras de arte mutiladas. Algunos eclesiásticos apreciaron esta forma expresiva de enfocar la «persecución religiosa» y publicaron libros con importantes apartados gráficos que seguían muy de cerca los panfletos promovidos por las autoridades militares y los servicios artísticos de vanguardia.

Aniceto Castro Albarrán se sumó a esta forma propagandística de concebir un volumen lujosamente editado: *La gran víctima. La iglesia española mártir de la revolución roja* (1940), libro de amplio formato y con magníficas ilustraciones de la iconoclastia en toda España. La lectura resulta farragosa por mezclar inventarios con historia y abusar hasta el hastío del párrafo corto. En cualquier caso ofrece el primer intento eclesiástico de evaluar las destrucciones iconoclastas en toda España.

Para explicar la persecución sufrida por Iglesia durante la guerra se remonta, como harán tantos clérigos

historiadores en el futuro, al «expolio liberal» (las desamortizaciones) y a las corrientes laicizadoras del siglo XIX y principios del XX, que califica de «opresoras de la Iglesia» y precedente de la «rapiña republicana»:

Como era de temer, la República tardó bien poco en iniciar una serie de atropellos que acabaron en el más infame y total despojo de la Iglesia. Bien claro se vio el empeño. Ya que la impiedad y el ateísmo, encarnados en el nuevo régimen, no pudieron acabar de otra manera con la Iglesia, quisieron matarla de hambre¹⁵.

En los restantes capítulos del libro se alterna el pesado y telegráfico inventario de los daños iconoclastas con explicaciones sectarias de lo ocurrido. La parcialidad llega a su cumbre cuando evoca a las víctimas católicas de la represión republicana en el País Vasco y silencia el asesinato de sacerdotes y monjas por los franquistas: «los vascos de Aguirre, que, en más de una ocasión, quisieron lavarse las manos» colaboraron «en la criminal tragedia, que también en la diócesis vascongada, privó a la Iglesia Española de tantos y tan

15. Castro Albarrán, A. de, *La gran víctima. La iglesia española mártir de la revolución roja*, Salamanca, Episcopus Salmantinus, 1940, p. 43.

beneméritos sacerdotes»¹⁶. Por supuesto los intentos de restauración del culto que protagonizó el gobierno republicano a través del Ministerio de Justicia dirigido por el vasco Irujo son deslegitimados.

Respecto al patrimonio eclesiástico hace acusaciones de robo contra las autoridades republicanas que «trasponían, cargados de millones, las fronteras», «mientras los pobres milicianos, engañados, se batían en las barricadas»¹⁷. Para la iconoclastia tiene una sencilla explicación:

Eran, pues, las imágenes del Señor, de la Virgen y de los Santos, más acaso en España que en otras partes, unos eficacísimos medios que mantenían viva la fe de nuestro Pueblo e impregnaban de cierta unión religiosa toda la vida española.

Por esto, sin duda, los esbirros de la revolución marxista desfogaron contra las imágenes un odio tan salvaje que, ya desde el principio se advirtió bien claro el propósito de exterminarlas, totalmente¹⁸.

Dedica un capítulo entero a la mofa de los cementerios que acompaña de expresivas imágenes¹⁹. Después

16. *Ibidem*, p. 89.

17. *Ibidem*, p. 105.

18. *Ibidem*, p. 143.

19. *Ibidem*, pp. 152-162.

intenta convencernos de que la muerte de los obispos y sacerdotes fue producto de una conspiración:

· El plan de exterminio del clero fue un plan pre-concebido y preparado. Les ofrecieron la libertad y la vida, a cambio de su fe, pero ellos escogieron la muerte y sellaron su fe con su sangre²⁰.

Luego continúa repasando el martirio del clero regular para terminar con el de los seglares, de los que ofrece cifras de víctimas disparatadas. Tiene al menos la lucidez de reconocer hasta qué punto la represión republicana y la iconoclastia han debilitado a la Iglesia, que sale de la guerra victoriosa pero anémica:

Los mejores hijos, los mejores hijos de la Iglesia. Entre los cuatrocientos mil seglares que la revolución roja asesinó, hay muchísimos que fueron muertos sólo por ser buenos hijos de la Iglesia. Aún entre los políticos, buscaron precisamente a los que llamaban derechistas. Esta siega brutal de católicos ha privado a la Iglesia, en España, de sus mejores auxiliares para el apostolado. Las organizaciones de acción católica, los sindicatos católicos, la política, la enseñanza, la propaganda, la intelectualidad católica, han perdido aquellas figuras eminentes que mejor servicio prestaban a la Iglesia²¹.

20. *Ibidem*, p. 200.

21. *Ibidem*, p. 226.

La cuarta parte del libro se dedica a «La reconstrucción de la Iglesia española» y en ella insiste en que la lucha de España ha sido de interés para los católicos de todo el mundo:

Todos los católicos del mundo deben ayudar a España en la reconstrucción de su Iglesia. A ello les obliga la caridad y, muy especialmente, la hermandad universal que une a todos los hijos de la Iglesia católica, y les obliga, también, un deber de gratitud. Porque España ha sido víctima por la común salvación, ha luchado contra el enemigo de todos y contra todos se dirigían los golpes que han abierto en su cuerpo estas heridas²².

En suma, Aniceto Castro Albarrán en su obra legitima la violencia para derribar gobiernos contrarios a los intereses de la Iglesia católica, por democráticos que sean, profundiza en la paranoia de una Iglesia perseguida con saña desde la revolución liberal —obviando los largos periodos de buena sintonía con el poder— y bendice la tremenda represión franquista de la guerra y la posguerra. Los martirios y la iconoclastia se estudian con un carácter instrumental, el de embrutecer sin matices al enemigo y alentar la venganza, porque la muerte o encarcelamiento de los republicanos es

22. *Ibidem*, p. 284.

una acto de purificación, una purga necesaria para la regeneración de España.

La influencia de Aniceto sobre la literatura martirial contemporánea y ulterior fue grande y lo coloca como el exponente más representativo de ella. El tono y el fondo de las decenas y decenas de panfletos y relatos martiriales que se publiquen desde la guerra hasta los años cincuenta es similar al de Aniceto y demuestran que éste sacerdote no era un caso aislado, sino el perfecto arquetipo del clérigo vengador e integrista, que no representa desde luego a la totalidad del clero, pero sí a una parte importante, aunque no siempre fueran tan descarnados en sus argumentaciones. Desde los años sesenta los libros de Aniceto Castro Albarrán son poco citados por los historiadores eclesiásticos. Son en exceso explícitos y el uso de la documentación en ellos demasiado arbitrario como para ser útiles. No obstante, su pensamiento tampoco ha sido censurado por las principales figuras de la historiografía católica.

LA LITERATURA MARTIRIAL

Los libros, folletos y artículos dedicados por los clérigos al anticlericalismo de la Segunda República y de la Guerra Civil son extraordinariamente numerosos; ya en 1961 Antonio Montero Moreno citaba dos cente-

nares de publicaciones²³ y desde entonces este género ha seguido creciendo. Los títulos son expresivos del contenido y de su enfoque, por lo que merece la pena leer con atención algunos de ellos: *Mártires de Turón. Notas biográficas y reseñas del martirio de los religiosos bárbaramente asesinados por los revolucionarios de Turón* (1934), *España e Italia en la defensa de la civilización cristiana contra el bolchevismo* (1938), *Cruel odisea de los sacerdotes católicos de Jadraque* (1939), *Héroes de la epopeya. El obispo de Teruel* (1941), *Dolor y triunfo. Héroes y mártires en pueblos de Andalucía durante el movimiento nacional* (1944), *De la paz del claustro al martirio* (1948), *Mártires dominicos de la cruzada española* (1950), *El P. Vidal Luis Gómara, mártir de la Eucaristía* (1959), etc.

Los títulos nos evocan de inmediato la literatura martirial barroca, a la que formalmente están muy apegados. Y esto no ocurre sólo en las publicaciones; en el Seminario Menor de Granada, por ejemplo, se encargó al artista local Marino Antequera que pintara una serie de cuadros representando el martirio de los sacerdotes de la diócesis granadina, el cual, para inspirarse, copió exactamente la composición de unos cuadros barrocos que se guardaban en el mismo seminario y que representaban a los sacerdotes

23. A este respecto véanse la extensa bibliografía que recoge en sus notas Montero Moreno, A., *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, BAC, 1999 (primera edición 1961).

muertos a manos de los moriscos en la Guerra de las Alpujarras²⁴.

La pervivencia de las formas barrocas evidencia la torpeza del clero ante el reto de elaborar una propaganda moderna capaz de ejercer alguna influencia sobre las personas que no están previamente convencidas. En la práctica los destinatarios son los miembros de una orden religiosa, los sacerdotes de una diócesis, o los católicos de una localidad muy concreta, pues rara vez tienen la aspiración de abarcar el fenómeno en toda España y de llegar a un público amplio.

Si atendemos a las fechas, comprobamos como arrancan de la misma República para enlazar con el Concilio Vaticano II. En tan dilatado periodo de tiempo esta literatura no experimenta una evolución en sus argumentaciones, puesto que no avanza ni un solo milímetro en la comprensión de lo acaecido. Más allá del humano deseo de recordar a seres queridos, estos libros y folletos aspiran a mantener abierta la herida, a no olvidar el daño que han hecho masones, liberales, republicanos, socialistas, co-

24. En el «bienio negro» se relanzó la campaña para beatificar a los mártires de la Alpujarra con el objeto de establecer una comparación entre los «sanguinarios» moriscos y los anticlericales del presente. Véase al respecto el prólogo de Manuel Barrios Aguilera a Hitos, F. A., *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1935, (ed. facs. de la Universidad de Granada, 1993).

munistas y anarquistas a la Iglesia. Por ello aquí me voy a limitar a mostrar cuatro ejemplos distantes en el tiempo que ponen de manifiesto la incapacidad para aportar algo nuevo a la propaganda franquista de la Guerra Civil.

Uno de los más tempranos e interesantes es el que publicó el jesuita Teodoro Toni²⁵ con el título *Por Ávila y Toledo, iconoclastas y mártires* (1937), centrado en esas dos provincias, en las que traza rutas a modo de guía turística describiendo minuciosamente y con pintorescas anécdotas la iconoclastia que han sufrido, todo ello acompañado por ilustraciones que en su mayoría representan esculturas mutiladas. Hay capítulos con títulos como «Refinamiento iconoclasta» o «Bufonadas simplistas», y en un apéndice recoge una lista de sacerdotes mártires. La obra está destinada más a consumo interno que a la difusión internacional y tiene el raro interés de profundizar en la filiación e identidad de los iconoclastas, en lugar de limitarse a los calificativos genéricos. Esto demuestra que la explicación maniquea del anticlericalismo y la iconoclastia todavía no se ha terminado de fraguar, aunque tam-

25. Teodoro Toni era un sacerdote jesuita que creía a pies juntillas los falsos documentos que se difundieron antes y después del 18 de julio sobre un plan de los comunistas para dar un golpe de Estado. Otra de sus obras es *España vendida a Rusia*, Ediciones Antisectarias, 1937.

poco cabe esperar un serio análisis. Según estima, las acciones iconoclastas las han desarrollado en los pueblos pequeños que él estudia las «bandas de la FAI y de la CNT», los comunistas y los socialistas de Largo Caballero. Ellos

[...] han sido los controladores, los directores, los consumidores de los crímenes, aunque les hayan ayudado vecinos indeseables, imbuidos de tópicos simplistas y de falsas ideas de redención demoleadora.

A continuación amplía considerablemente el conjunto de autores de la iconoclastia, no sólo en la filiación política, que incluye a todos los «verdugos del Frente Popular», sino también en la procedencia, pues reconoce que los autores no son sólo las columnas milicianas, sino también vecinos de los pueblos que califica de «infelices envenenados» por las doctrinas comunistas y anarquistas. Eso sí, los «dirigentes han sido, como los cabecillas todos, comunistas y anarquistas... salvajes ateos militantes», porque el «proletariado ignorante de España nunca hubiera llegado por sí a los resultados, tan universales, tan desventurados, tan arruinadores de todo lo religioso»²⁶.

26. Toni, P. T., *Por Ávila y Toledo, iconoclastas y mártires*, Bilbao, Escuelas Gráficas de la Santa Casa de Misericordia, 1937, pp. 248-251.

La educación en la iconoclastia la hizo el proletariado «en sus mítines y en todas sus publicaciones», un dato que no es poco, aunque la propia vivencia del clericalismo por las masas no se considera. Tampoco puede admitir la espontaneidad de la iconoclastia en los días que sucedieron a la sublevación militar, y recurre al complot. Estos párrafos resumen la visión sesgada y simplista, pero más rica de lo habitual en este tipo de literatura, que da el autor:

El brote antirreligioso afloró en apariencia como espontáneo, como uno de esos movimientos primos-primos —que diría la escuela—; pero afloró así, precisamente porque el terreno estaba socavado y enteramente minado. [...]

Lo que en España, en definitiva, ha sucedido por parte de los marxistas y sus aliados, no es otra cosa que la realización de cuanto tenían planeado en sus programas y prometido al hato de indocumentados y plebeyos, *antes* del 19 de julio de 1936. [...]

La prensa inmunda, la prensa comunista y la propaganda antisocial minaron los fundamentos de la sociedad mucho antes de que la dinamita destruyera los edificios y las balas segaran las vidas de sus hijos. La mala prensa, la prensa envenenadora que nunca se debió tolerar, como no se tolera el envenenamiento del cuerpo, fue la que con propaganda soliviantadora, a ciudadanos felices antes en su pobreza, les abrió

los ojos y la concupiscencia para desear lo que no se podía dar...²⁷.

La recristianización de España no sólo pasaría por suprimir la prensa izquierdista y las organizaciones del movimiento obrero; habría que eliminar también a esa «pléyade de maestros comunistas o comunizantes, que a los niños les han dejado el alma vacía con su laicismo»²⁸. Sus deseos se verían cumplidos con implacable crueldad como vienen demostrando numerosos estudios²⁹.

Un ejemplo de literatura martiral por entregas nos la ofrece el padre Gerardo Buldaín de la Inmaculada en *Once meses en el infierno comunista* (1938-1940), texto aparecido en un boletín de los agustinos recoletos³⁰. El relato es interesante tanto por la implicación del autor en los acontecimientos como por la espontaneidad con la que describe a los iconoclastas. Para este autor durante la Segunda República las personas de orden eran encarceladas o alejadas del poder, mien-

27. *Ibidem*, pp. 251-253 y 259.

28. *Ibidem*, p. 261.

29. Véase por ejemplo el ya clásico trabajo de Alted Vigil, A., *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Centro Nacional de Información Artística, Arqueológica y Etnológica, 1984, pp. 167-175.

30. *Boletín Oficial de la Provincia de Sto. Tomás de Villanueva de Andalucía*, años 1938 a 1940.

tras que «turbios elementos pululaban sueltos fuera del presidio». Antes de la guerra acudió camuflado a una manifestación izquierdista en Bilbao y pudo ver que los asistentes eran «las gentes de los peores fondos, reclutadas en años de venenosa propaganda y propias al desorden y a la revuelta que es su clima». Junto a la «masa embrutecida por el alcohol y por el odio» estaban en «alianza sacrílega» los nacionalistas vascos, que se decían católicos. El autor reconoce que ambas tendencias sociales tenían un «indiscutible arraigo», lo que explica por «la claudicación de las autoridades, más que ineptas, cómplices».

Esta situación hizo necesaria la intervención de los «patriotas de verdad» tras el fracaso de los «posibilistas» en las elecciones con «amaño» de febrero de 1936. El padre Gerardo Buldaín reconoce que él y otros clérigos fueron avisados por un joven falangista de que el 17 de julio se iniciaría la sublevación. El fracaso de la sublevación en Vizcaya permitió que «las turbas en su expansión bárbara e iconoclasta se entregaran en todas partes a su deporte favorito de saquear casas y cosas marcadas con el sello religioso». Cuando los «obreros de la peor marca social» se apoderaron de una fábrica próxima a la residencia de Gerardo Buldaín, tuvo que vestirse como un simple paisano para pasar desapercibido entre la «bazofia humana que ha sido la característica de todo el dominio marxista».

Años después el presbítero José Echeandía publicó *La persecución roja en el País Vasco. Estampas de martirio*

en los barcos y cárceles de Bilbao. Memorias de un excautivo (1945), obra que se describe en el prólogo como «un libro nuevo sobre los horrores de la revolución roja y de la persecución religiosa en España», centrado en las víctimas de la represión republicana en el País Vasco y lacónico respecto a los eclesiásticos asesinados por las tropas de Franco. Si comparamos este libro con los que se escribieron durante la guerra, lo que podemos comprobar es como se han empobrecido las argumentaciones, reducidas ya a una mera consigna. Los anticlericales y los orígenes de la iconoclastia son despachados con un párrafo como éste:

Las turbas criminales, con sus bajos instintos excitados por años de propaganda tolerada en nombre de la libertad por imbéciles y cobardes ministros de la Monarquía, y alentada por malvados dirigentes de la República, buscaban con sádica delectación a los curas y frailes³¹.

El cuarto texto que voy a citar aquí es el de José Gassiot y Magret *Apuntes para el estudio de la persecución religiosa en España*, que redactó en 1954, pero que no fue publicado hasta 1961, y que venía a ser

31. Echeandía, J., *La persecución roja en el País Vasco. Estampas de martirio en los barcos y cárceles de Bilbao. Memorias de un excautivo*, Barcelona, Fidel Rodríguez Impresor, 1945, p. 142.

un homenaje a varios religiosos amigos suyos que murieron en la Guerra Civil; el propio autor y su hijo estuvieron encarcelados «sólo por ser católicos». Para explicarnos el anticlericalismo le basta con mencionar las malévolas influencias de masones, liberales, anarquistas y lo que él llama internacionalistas (socialistas y comunistas). En cuanto a las explosiones iconoclastas, tiene el convencimiento de que todas las que hubo desde la Semana Trágica de 1909 fueron planificadas y para ello se apoya en el testimonio oral de personas que se lo dijeron en cada una de las ocasiones —¡ni la CIA ha contado nunca con tan buenos confidentes!—, lo que le lleva a afirmar:

[...] anticipo mi opinión, fundada en mis experiencias personales, y estimo que la persecución fue preparada y dirigida sólo para combatir al Catolicismo, independientemente de la Guerra Civil y de la revolución social, que fueron circunstancias puramente ocasionales y explotadas como pretextos³².

Para el comienzo de la Guerra Civil y la explosión iconoclasta recurre a un delirante complot:

32. Gassiot y Magret, J., *Apuntes para el estudio de la persecución religiosa en España*, Barcelona, Escuela Gráfica Salesiana, 1961, pp. 9-10.

El 6 de junio de 1936 fue repartida a todas las células comunistas de España una orden General de Operaciones dictada desde Moscú, en la que se disponía la eliminación o asesinato de los generales³³.

Franco quería evitar esta situación y se lo expuso a las máximas autoridades republicanas, que no le hicieron caso. «Vino la Guerra Civil y cayó la República por ley fatal o inevitable».

Tan pronto se inició el Alzamiento militar, y sin que la Iglesia hubiese participado o intervenido en el mismo se pusieron en práctica las consignas de la Liga Atea de destruir los edificios religiosos y matar a los sacerdotes.

Tal represión no tenía justificación alguna porque la

Iglesia no había participado en ninguna intentona contra la República, ni estuvo conectada con el Levantamiento militar; pero fue completamente lógica la reacción que produjo la persecución religiosa, por la cual fatalmente los católicos tuvieron que estar en

33. La teoría del complot comunista fue una justificación de la rebelión militar-fascista que se basaba en documentos falsos; véase Southworth, H. R., *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000.

contra de sus perseguidores, y así la Guerra Civil o lucha de partidos adquirió el carácter de una cruzada y lucha de principios³⁴.

El panfleto se cierra con un capítulo de conclusiones características del secular nacionalcatolicismo, de manera que toda actuación anticristiana es una actuación antiespañola³⁵. En todas las persecuciones religiosas ocurridas en España, según este autor, se puede apreciar la influencia de la masonería, si bien es cierto que en la Guerra Civil los anarquistas tuvieron un predominio, especialmente en Cataluña, para la ejecución de los planes sobre la persecución del Catolicismo en España. Las tres internacionales se esforzaron, igualmente, en apartar a los obreros de la benéfica influencia de la Iglesia. Lo mismo hizo la República, que fue aceptada por la Iglesia como forma de gobierno del pueblo español, pero que desde un principio se dotó de un contenido laico o de oposición religiosa. Sin que la Iglesia hubiese provocado la Guerra Civil, ni intervenido en su iniciación, desde el primer momento fue desencadenada la persecución religiosa según un plan preparado anticipadamente.

34. *Ibidem*, pp. 54-55, 59 y 73.

35. *Ibidem*, pp. 104-105.

ANTONIO MONTERO MORENO, LA SÍNTESIS
DE LA TRADICIÓN MARTIRIAL

Los libros y folletos que he analizado hasta el momento no dejan de ser vindicaciones de «mártires» llevadas a cabo por instituciones religiosas o clérigos a iniciativa propia, textos todos ellos con una función instrumental inmediata, ajenos a los rigores metodológicos de las ciencias sociales. La historia está desde luego en un plano superior para la Iglesia católica y tiene enorme importancia para ella, una institución milenaria en la que la tradición es fuente teológica esencial. La Iglesia tiene sus historiadores «oficiales», categoría que se me reprochará no existe formalmente, pero que encontramos de facto. Esos historiadores suelen publicar en editoriales y revistas de la Iglesia, pertenecen a la jerarquía o tienen influencia sobre ella, elaboran los informes que sirven para proclamar beatos y mártires, «defienden» a la Iglesia frente a los historiadores que la «atacan», no tanto para polemizar con ellos como para convencer a los propios, y contribuyen en suma a marcar la trayectoria de su institución.

Antonio Montero Moreno realizó una labor de investigación sistemática y una exposición minuciosamente documentada referente al periodo que nos ocupa, hasta el punto de poder decirse de él que es la culminación y cima no superada de toda la literatura martirial. Pese a la justa acusación de sectarismo que

le dirigiera Southworth³⁶ y a los muchos años que han transcurrido desde que viera la luz en 1961, la *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* es una obra de referencia ineludible para quien se aproxima al anticlericalismo y la iconoclastia. Montero Moreno contó para elaborar su trabajo con los informes que al final de la guerra los obispos encargaron a cada uno de los párrocos para que explicaran lo acaecido en sus localidades³⁷. Además, dispuso de numerosas memorias manuscritas y testimonios orales y, por supuesto, conocía muy bien la literatura martirial precedente.

36. «Desgraciadamente, su extensa bibliografía especializada está echada a perder, al igual que el libro, por el carácter partidista de sus referencias. Ignora casi por completo a los sacerdotes asesinados por las fuerzas de Franco y todo lo que se escribió sobre este tema». Southworth, H. R., *El mito de la cruzada de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986 (primera edición de 1963), p. 41.

37. Estos informes quedaron manuscritos y pueden consultarse en cada uno de los archivos diocesanos. La circular en la que se pide a los párrocos para que hagan los informes sobre lo ocurrido en su parroquia durante la república y la guerra dice: «Tenemos que redactar, para remitirla a la Secretaría de Estado de su Santidad, una monografía en la que se refieran, de forma autorizada y del todo verídica, los daños de todo género causados por la revolución en nuestra Diócesis; ajustándonos a un cuestionario que, para este fin, nos ha enviado el Excmo. y Rvdomo. Sr. Delegado Apostólico y encargado de Negocios de la Santa Sede en España». Puede verse, por ejemplo, publicada en dos ocasiones en el *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, mayo 1938 y abril 1939.

La obra, que fue la tesis doctoral de Montero Moreno leída en la Pontificia Universidad Eclesiástica de Salamanca, se abre con una introducción en la que explica que se va a limitar a las víctimas eclesíásticas, sin olvidar por ello que «son sólo un modesto porcentaje de la tremenda estadística de las víctimas de la zona roja» y sin «desconocer a los sacrificados en la zona nacional», declaración luego incumplida. El autor afirma que muchos civiles víctimas de la represión religiosa lo fueron por motivos religiosos, pero si se limita al martirio de clérigos es porque en ellos «es más fácil descartar» lo económico y lo político, afirmación desde luego falsa que denuncia la parcialidad de la obra. El propio uso de las fuentes desvela la imposibilidad de esperar de este libro la más mínima ecuanimidad. Según él mismo explica, ha utilizado los dos centenares de publicaciones martiriales aparecidas hasta la fecha, la prensa católica estatal y provincial, y la documentación recogida de cara a las beatificaciones de los mártires, a lo que hay que sumar los numerosos informes que ha solicitado a todas las provincias episcopales y que por tanto son redactados por clérigos veinte años después de los sucesos, informes que califica de desiguales pero de un «incalculable valor para cualquier intento historiográfico»³⁸. Esta es la documentación sobre la que se cimienta su obra, inmensa pero extre-

38. Montero Moreno, *op. cit.*, pp. X, XIII y XV.

madamente parcial, con el agravante de que él le da un alto grado de credibilidad partiendo de un dudoso axioma: los clérigos no pueden mentir. Los relatos en que se apoya, sin embargo, si se analizan y contrastan con otras fuentes nos demuestran que no sólo incurren ocasionalmente en mentiras, sino que abundan los parientes próximos como la exageración o la ocultación de datos esenciales.

Nos dice, casi se justifica, que ha utilizado también la prensa republicana para mostrarnos lo que piensan los anticlericales, pero la realidad cuando se recorren las notas es que ha consultado pocas publicaciones de primera mano, y lo que hace las más de las veces es recurrir a libros y artículos en los cuales autores católicos y de derechas describen los acontecimientos en la «zona roja».

La primera pregunta que se hace es pura retórica, ¿cómo es posible «compaginar el dato de nuestro catolicismo masivo con el trágico balance de sangre eclesiástica que arroja» la Guerra Civil?³⁹. La falsedad de tal planteamiento es que mientras trata de mantener el mito oficial de su institución, que sostiene que España es católica salvo una minoría influyente que trata de apartar a la población del catolicismo, a lo largo de su extenso libro afluyen de manera inevitable datos sobre el altísimo grado de descristianización que ha-

39. *Ibidem*, p. 1.

bía en las clases populares, o se nos muestran sucesos anticlericales que no están protagonizados por un puñado de personas, sino por masas a las que califica de «populacho» o «turbas».

Montero Moreno piensa que la Guerra Civil y su iconoclastia es «el inevitable capítulo final de un largo proceso histórico» que remonta a las Cortes de Cádiz con su «desaforada libertad de imprenta», e incluso a la Ilustración. Para explicar como se ha gestado la explosión iconoclasta en tan dilatado espacio de tiempo recurre a la masonería, cuyo influjo y maquinaciones estuvieron «inveteradamente en las sacudidas de la política anticatólica». Fue la masonería la que alineó contra la Iglesia a una minoría de liberales frente a una «abrumadora mayoría del pueblo» que quería a esta institución. Cuando inicia un repaso de los sucesos anticlericales pronto se encuentra con una acción de masas, la quema de conventos madrileños en 1834, que atribuye a un «populacho» engañado por mentiras. Califica de expolio la desamortización de Mendizábal y entre los crímenes del «masón» Espartero menciona el de «dar carta blanca a la propaganda protestante». Entre los terribles excesos del Sexenio Democrático cita la proclamación de la libertad de cultos o el que «fueran canonizadas todas las libertades». La Restauración la encuentra moderada, aunque observa compungido que los anticlericales tuvieron demasiada libertad para expresarse en ella, de manera que a la postre sólo la Dictadura de Primo de Rivera constituyó «un fir-

me y honesto poder ejecutivo» que dio una «tregua» al catolicismo⁴⁰.

Sin dejar de insistir en la tesis masónica, hace un breve e inconsistente análisis del movimiento obrero y su anticlericalismo, el cual le lleva a preguntarse por las razones del fracaso del sindicalismo católico. Como trata de minimizar su carácter amarillo y resaltar sus bondades⁴¹, no le queda más remedio que relativizar la implantación de los sindicatos de izquierdas, y para ello se apoya en el dato de que la mayoría de los obreros no estaban afiliados a ningún sindicato en vísperas del 14 de abril, de lo cual deduce que eran «neutrales». La culpa del «giro rojo» del proletariado fue de la República. Con ella llegó la quema de conventos del 11 de mayo de 1931, que se realizó siguiendo consignas de «judíos y masones», y la legislación laica, que fue una agresión a la Iglesia; y no se está refiriendo sólo a medidas anticlericales como la supresión de la Compañía de Jesús, sino a la totalidad de las leyes laicas que enumera una por una (libertad de cultos, divorcio, cementerios civiles...)⁴².

Puesto que la Iglesia no comete ningún error reseñable, el principal argumento que le queda para expli-

40. *Ibidem*, pp. 3-9.

41. Todo lo más que llega a criticar es a los empresarios que se dicen católicos y actúan con poco conciencia social, enemistando a los obreros con una Iglesia exenta de culpa. *Ibidem*, p. 13.

42. *Ibidem*, pp. 10-21, 26-33 y 748-757.

car el anticlericalismo de masas «son las propagandas sistemáticas del laicismo, la pornografía y la irreligión, que cayeron como enjambre oscuro sobre una masa inculta, incapaz de resistirlas»⁴³. Montero Moreno, claro está, no nos explica porqué esta propaganda tiene éxito y no la que con más medios económicos realizan las derechas y el clero, cuando al fin y al cabo la Iglesia tenía una experiencia de siglos en adoctrinar masas incultas.

Tras descartar que la cuestión social, o sea, el alineamiento de la Iglesia con las clases altas, pueda motivar tan feroz anticlericalismo, nos señala que las «quemadas de conventos y el odio a la Iglesia» han sido maquinadas «por dos fuerzas bien diferentes entre sí, aunque en España tuvieron posibles connivencias: la masonería y el comunismo». La masonería está inserta en la burguesía y hay que atribuirle «la pasividad de las autoridades» para frenar los sucesos iconoclastas; los comunistas, por su parte, son los que conducen hacia la violencia a una «masa manejable», tarea en la que le acompañan los anarquistas y unos socialistas cada vez más escorados a la izquierda⁴⁴.

Así, tras el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 el gobierno republicano es responsable de los asesinatos de los clérigos, cuando la evidencia es que en

43. *Ibidem*, p. 34.

44. *Ibidem*, pp. 40-41.

las zonas donde fracasó la rebelión militar el Estado republicano quedó desarticulado y necesitó semanas para recomponerse mínimamente y meses para recuperar todas sus prerrogativas. Llegados a este punto Montero Moreno se exalta hablando de la represión republicana más allá de la sufrida por el clero, mientras silencia la franquista. Una vez más la propaganda es culpable de tanta violencia iconoclasta, en contraste con la presunta prudencia del episcopado ante la contienda⁴⁵.

El anticlericalismo en la zona vasca merece lógicamente un análisis aparte. Por un lado Montero Moreno resta importancia la protección que los nacionalistas del PNV brindaron al clero, aunque sin negarla. Por otro niega valor religioso al asesinato de sacerdotes vascos por las tropas franquistas porque «justa o injusta, la muerte de estos sacerdotes no se debió a su carácter sacerdotal o a su ministerio sagrado»⁴⁶. O sea, la alineación política de una parte del clero con el nacionalismo vasco fue determinante en su represión; sin embargo, los clérigos represaliados por las izquierdas lo fueron por su devoción religiosa y no por su posicionamiento político. Montero Moreno necesita mártires de la fe y no está dispuesto a reconocer francamente que desde el comienzo de la era

45. *Ibidem*, pp. 58-75.

46. *Ibidem*, p. 78.

contemporánea la Iglesia había estado siempre ligada a posiciones conservadoras o abiertamente involucionistas y que durante la Segunda República jugó un papel esencial en la aglutinación de las desconcertadas derechas, y que desde publicaciones católicas se teorizó la necesidad de superar la República, si era preciso con el uso de la violencia, o se manifestó abierta admiración por los regímenes autoritarios de derechas.

A las medidas para normalizar el culto religioso adoptadas por el ministro Irujo en la zona republicana a partir de julio de 1937 sólo les concede Montero Moreno un carácter propagandista:

De ahí el alarde de publicidad que se daba a ciertos actos religiosos, en contraste grotesco con la ideología, declaradamente marxista, del gabinete Negrín⁴⁷.

Después de repasar región por región el martirio de clérigos, que es al fin y al cabo el objetivo del libro, dedica un interesante capítulo a la iconoclastia bajo el título significativo de «El martirio de las cosas», en el que señala que la destrucción de objetos sacros «descubre una saña contra el mundo religioso, mucho más significativa que si los aniquilados son hombres de carne y hueso» y añade que «quien destroza una imagen

47. *Ibidem*, p. 80.

de la Virgen, quema un retablo o pisotea unos corporales, difícilmente puede escudarse en reivindicaciones clasistas o imperativos de guerra». La parcialidad del análisis, en que olvida intencionadamente la palabra «política», nos hace preguntarnos por la destrucción de los archivos municipales, medida que aspiraba a borrar los títulos de propiedad, o el saqueo de casinos y de sedes políticas derechistas... ¿No podríamos incluir los bienes eclesiásticos entre los símbolos sociales y políticos de la opresión que pretenden derrocar los izquierdistas? Al fin y al cabo Montero Moreno reconoce que las iglesias protestantes eran respetadas cuando se identificaban como tales⁴⁸. Y cuando dice que en la «zona nacional la represión de retaguardia afectó en exclusiva a personas»⁴⁹, olvida la destrucción de todos los símbolos republicanos, el saqueo y clausura de las casas del pueblo o las quemas de libros «inmorales» e izquierdistas.

Ante el temor de que la perspectiva sola de masas iconoclastas actuando al margen del poder republicano pueda eximir de culpa a éste y de paso señalar a los golpistas como responsables del caos, declara:

La ejecución material de tan vastos atropellos, lo mismo en la capital de la nación que en las ciudades

48. *Ibidem*, p. 652.

49. *Ibidem*, p. 627.

y aldeas de provincias, fue mitad organizada, mitad anárquica, a veces estrictamente oficial y en ocasiones desbordando el poder constituido. Ya sabemos que, al menos para la incautación de los templos y para la suspensión del culto, se contaba con apoyaturas legales más que suficientes⁵⁰.

Ante la imposibilidad de relatarnos los actos iconoclastas con el mismo lujo de detalles que los martirios, lo que hace es escoger ejemplos de las tipologías que él establece: quema de imágenes, profanación de sagrarios y mofas. En el capítulo no faltan casos en los que los iconoclastas mueren por castigos divinos, como si de un relato barroco se tratara⁵¹. Y se pregunta el autor por qué la «barbarie marxista» contra las cosas sagradas fue exclusivamente española y no se ha dado en posteriores revoluciones comunistas. La pregunta carece de un intento de respuesta y ya de por sí es maniquea al colocar a todos los iconoclastas bajo una misma etiqueta política.

En suma, Antonio Montero Moreno dio a la luz un libro tan voluminoso como pobre en análisis, el cual,

50. *Ibidem*, p. 637.

51. Véanse ejemplos en *Ibidem*, pp. 639, 641 y 649. Por supuesto que el número de casos que recoge de verdugos de clérigos que son castigados con una muerte providencial es extraordinario en todo el libro.

con sus ocultaciones e interpretaciones tendenciosas, alentaba el odio y el sectarismo religioso en la más pura línea de la literatura martirial de la posguerra. A pesar de ello, en su moderna reedición en la Biblioteca de Autores Cristianos (1999) ni la editorial ni el autor, elevado a la dignidad de arzobispo de Badajoz, se creyeron obligados a añadirle un estudio introductorio que matizara la parcialidad del trabajo y lo situara discretamente en su época. Sólo una hoja con una «Nota del Editor»⁵² en la que se reafirma la completa vigencia del texto, como si el Concilio Vaticano II, el fin de la Dictadura y la inmensa labor investigadora realizada en torno a la guerra, incluidos buenos trabajos de católicos, no hubieran existido. Así se dice que la *Historia de la persecución religiosa en España* «reúne méritos abundantes», que será acogida por el lector tan bien como en 1961 —imaginamos que tipo de lector—, un libro que «la BAC relanza con amistoso reconocimiento a su autor», al cual hay que agradecer «ecuanimidad en el relato» e «incontaminación política e ideológica», una obra que contribuye a la «tan necesaria reconciliación de los españoles»... sin que la más fértil imaginación pueda adivinar cómo.

52. La firma Joaquín L. Ortega, el director de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

DEL CONCILIO VATICANO II A LA MODERNA LITERATURA MARTIRIAL

Por las fechas en que Antonio Montero Moreno daba a la luz la obra cumbre de la literatura martirial, se estaba desarrollando el Concilio Vaticano II bajo el pontificado de Juan XXIII, continuado luego por Pablo VI. Como es bien sabido en este concilio la Iglesia dio, con la oposición de la delegación española, un giro decisivo hacia la modernidad y la tolerancia religiosa⁵³. Una parte del propio clero español rompió con la «providencial» dictadura de Franco y se aproximó a las inquietudes de esa mayoría social que no veía con simpatías el régimen. La vitalidad del sector renovador de la Iglesia iba acompañada del desconcierto que la crisis de la dictadura franquista, el auge de la oposición y por fin la convocatoria de elecciones libres, generó en los sectores conservadores del clero español. Con la llegada de la democracia se aprobaron medidas, empezando por la libertad de cultos, que la Iglesia consideró una agresión en 1931 pero que ahora acepta.

La causa de la beatificación y canonización de los mártires de la Guerra Civil parece perdida para siem-

53. Como señala Frances Lanon, el «integrismo defensivo» del clero español sufrió una completa derrota. Lannon, F., (1990), *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 66-77.

pre. En tiempos mucho más propicios el cardenal Isidro Gomá propuso al papa Pío XII la beatificación de 300.000 mártires de la Guerra Civil, que era la disparatada cifra que él calculaba para las víctimas de la represión republicana. Su propuesta no prosperó ni con ese ni con los papas que le siguieron; el propio Juan XXIII prohibió que se utilizara en su presencia la palabra «cruzada»⁵⁴.

Sin embargo, y pese al desconcierto, buena parte del clero español continuó fiel a los valores de la Dictadura y a una lectura del pasado reciente acorde con la que expresaba la literatura martirial. Esta literatura no ha dejado de crecer en volumen desde la conclusión del Concilio Vaticano II y su influencia ha sido grande en los círculos católicos. Son numerosos los historiadores eclesiásticos y miembros del clero regular y secular que han seguido evocando a los mártires, unos en síntesis globales, otros limitándose a sus órdenes o diócesis con artículos, folletos o libros de distinto aliento. Me ocuparé aquí de dos de ellos, Francisco Martí Gilabert y Vicente Cárcel Orti, y no lo haré del sacerdote extremeño Ángel David Martín Rubio, porque su especialidad no es la literatura martirial, aunque tiene una incursión en este género⁵⁵, sino

54. *El País*, 10 marzo 2001.

55. Martín Rubio, Á. D., *La persecución religiosa en Extremadura durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Badajoz, AC Carlos V, 1996.

un intento tan mal documentado como razonado de minimizar la represión franquista contra los republicanos, el cual ha servido de base a Pío Moa y otros autores llamados revisionistas⁵⁶.

Francisco Martí Gilabert ha publicado libritos que van desde los tiempos de la Constitución de Cádiz hasta la Segunda República, todos ellos sencillos y obvios en su anquilosado discurso ultramontano; salta a la vista que van dirigidos a un público ya convencido —se publican en editoriales como EUNSA o RIALP— y no aspiran a participar en los debates historiográficos que hay sobre estas cuestiones. Si tomamos su obra *Política religiosa de la Segunda República española* (1998) observamos la continuidad de los argumentos martiriales con una exposición más moderada en la forma.

Del anticlericalismo dice que hay dos tipos, el intelectual y el popular, o sea, vuelve a la teoría de manipuladores de «guante blanco», como dijera Montero Moreno, y las turbas ignorantes, para añadir que

56. El libro de este clérigo falangista que más han citado los revisionistas tiene un título tan pretencioso como engañoso, y no constituye más que un burdo retorno a la historiografía franquista: *Paz, piedad, perdón... y verdad: la represión en la Guerra Civil, una síntesis definitiva*, Toledo, Fínex, 1997. Sobre el método de investigación de este peculiar historiador véase Espinosa Mestre, F., *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*, Badajoz, Del Oeste Ediciones, 2005, pp. 31-36.

[...] ambos anticlericalismos estuvieron siempre muy unidos, de forma que cuando el pueblo saqueaba, incendiaba y destruía edificios sagrados, e incluso cuando asesinaba a los sacerdotes, ponía en práctica las consignas recibidas de los líderes políticos y de los periódicos revolucionarios⁵⁷.

Por supuesto que el 14 de abril de 1931 nos encontramos como de a costumbre una Iglesia neutral y a una República que la ataca con sus leyes laicas:

Con la actuación claramente anticatólica de muchas medidas, la República se distanció de la gran mayoría de españoles que sin ella, siguiendo las directrices de Roma [...] hubiera aceptado de muy buena gana el nuevo régimen. [...]

Ahora, con la perspectiva que da la distancia, no podemos menos de asombrarnos ante la ceguera de los gobernantes que no pudieron o no quisieron ver —ofuscados por el sectarismo— la realidad española para la que se legislaba, ya que la mayoría de los españoles, sociológicamente, eran católicos⁵⁸.

57. Martí Gilabert, F., *Política religiosa de la Segunda República española*, Pamplona, EUNSA, 1998, p. 13.

58. *Ibidem*, pp. 14 y 15.

La torpeza de las medidas laicas de los ministros republicanos «nos abocó a la cruenta guerra fratricida»⁵⁹:

Al olvidarse del pueblo al que iba dirigido el Código fundamental, la República cometerá una acción ininteligente, de tristes consecuencias. El sectarismo de unos grupos influyentes provocó con su actuación contra la Iglesia y contra la inmensa mayoría del país, una de las causas más importantes de la contienda posterior⁶⁰.

El autor que más ha destacado por dar continuidad a los argumentos de la literatura martirial ha sido Vicente Cárcel Ortí, persona con una importante influencia en la jerarquía eclesiástica. Lo mismo que Gilabert, ha publicado libros que abarcan desde la Guerra de la Independencia hasta la Segunda República, la mayoría también en editoriales de marcado tinte católico conservador (RIALP, BAC, Ediciones la Palabra). Su texto sobre la Segunda República y la Guerra Civil lo ha reeditado varias veces bajo títulos diversos y nuevos añadidos desde los años setenta hasta el nuevo siglo⁶¹.

59. *Ibidem*, p. 272.

60. *Ibidem*, p. 15.

61. Véase el capítulo que dedica a la época que nos ocupa en el volumen que él dirige y en buena parte redacta: *La Iglesia en la España contemporánea (1808-1975). Historia de la Iglesia en*

Como no hace investigación, sino síntesis ideológica, puede publicar casi todos los años libros que abarcan toda España y amplias cronologías. Este es el caso de un libro que nos brinda un resumen de su pensamiento, *Historia de la Iglesia en la España contemporánea (Siglos XIX y XX)*, (2002)⁶².

A pesar de la extraordinaria explosión historiográfica que sobre la cuestión se ha vivido en las tres últimas décadas, Cárcel Orti ha mantenido una sorprendente impermeabilidad. En sus recientes trabajos alcanza a recoger como referencia recomendable a Pío Moa, pero no a Paul Preston o Julián Casanova, y desde luego que ignora las muchísimas y solventes monografías regionales que recogen sin exclusiones todos los incidentes de la República y de la Guerra Civil; incluso Stanley G. Payne le produce ciertos reparos.

El libro que nos ocupa tiene la «virtud» de ofrecer por motivos pedagógicos, o mejor catequistas, un resumen de las ideas básicas que el lector debe retener.

España, V, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979. Con vistas a los procesos de beatificación publicó *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*, Madrid, Ediciones RIALP, 1990. Entre sus últimas monografías sobre la cuestión están *La gran persecución: España, 1931-1939*, Barcelona, Planeta, 2000 y *Caídos, víctimas y mártires: la Iglesia y la hecatombe de 1936*, Madrid, Espasa, 2008.

62. Al año siguiente publicó un texto similar: *Breve historia de la Iglesia en España*, Madrid, Planeta, 2003.

Del capítulo V, «Segunda República, Guerra Civil y persecución religiosa»⁶³ he elegido algunas máximas que constituyen una síntesis de la perpetuación en este autor de todos los tópicos y falacias de la literatura martirial. Me tomo la libertad de numerarlas y comentarlas en cursiva:

La Iglesia acató lealmente a la República, aunque esta fue esencialmente anticlerical y anticristiana. [*Las iglesias protestantes nunca pensaron que la República fuera anticristiana, es más, por primera vez se sintieron cómodas en España. Para el autor es de suponer que anticristiano y laico son sinónimos. En cuanto a la lealtad hacia el régimen republicano, bastaría con recordar las declaraciones del cardenal Segura antes y después del 14 de abril*].

Comenzó quemando iglesias y conventos y acabó matando curas, frailes, monjas y católicos, después de destruir un ingente patrimonio cultural. [*No se refiere a los anticlericales, sino a un ente llamado República que durante tres años estuvo gobernada por la izquierda y dos años por las derechas, incluida la CEDA*].

63. Cárcel Orti, V., *Historia de la Iglesia en la España contemporánea (Siglos XIX y XX)*, Madrid, Ediciones Palabra, 2002, pp. 145-188.

La Constitución de 1931 invitaba a la Guerra Civil y la República legisló de forma antirreligiosa; expulsó a los jesuitas, con la colaboración de la masonería. [*Los masones, paranoia de la derecha católica sobre la que nunca se logra demostrar nada más allá de su poca relevancia*].

La sublevación de Asturias en octubre de 1934 fue un intento en regla de ejecución del plan comunista de conquistar España y preludeo para las más amplias resonancias y divisiones de julio de 1936. [*Ya se sabe, Moscú manipulaba a su antojo a todos los republicanos a través del pequeño Partido Comunista de España; sin embargo, Stalin no estaba por esas fechas interesado en promover revoluciones en Europa occidental, como bien sabe cualquier historiador*].

Antes de 1936 estaba previsto destruir a la Iglesia, pero el gran holocausto se produjo en el verano-otoño de 1936. [*La teoría franquista de la conspiración revolucionaria abortada, que nunca se ha podido demostrar*].

Al final de la guerra y cuando la República lo veía ya todo perdido, se autorizó la apertura de una capilla católica en Barcelona, pero el gobierno republicano nunca quiso sinceramente restablecer el culto público. [*Que no lo quisieran los anarquistas o el POUM es sabido, pero que no lo quisiera el PNV o los sectores mo-*

derados del PSOE, e incluso el PCE, cabe dudarlo seriamente].

Hubo casi diez mil mártires en la mayor persecución religiosa, que constituyen el mejor patrimonio y la mayor gloria de la Iglesia. [*Al autor le cabe el mérito dentro de la literatura martirial de haber ampliado la lista de las 6.832 víctimas que estableció Montero Moreno⁶⁴ a 10.000 sumando seglares católicos de aquí y de allá. Dado el éxito que está obteniendo en las beatificaciones y canonizaciones, posiblemente se anime en los próximos años a elevar la cifra en diez o veinte mil personas más*].

Todos ellos, antes de morir, perdonaron de corazón a sus verdugos. Vivieron amando y murieron perdonando. [*Cuestión de fe, porque no de pruebas documentales*].

La Iglesia no tuvo más remedio que ser beligerante, pero trató de impedir la represión de los nacionales, aunque no siempre lo consiguió. [*La realidad es que amplios sectores del clero participaron en la represión, unos con el peor ánimo vengador y otros con mala conciencia, Julián Casanova lo ha demostrado con testimonios que no se molesta en rebatir*].

64. Montero Moreno, *op. cit.*, pp. 758-768.

Los planteamientos de este libro son tan groseros que suponen incluso cierto retroceso en la obra del propio autor hacia posiciones más descarnadamente franquistas. El motivo está sin duda en el éxito de autores como Pío Moa o César Vidal. Lo que no ha logrado es su éxito de ventas, dado que no es como ellos una estrella mediática. Por otra parte, la tosquedad de las ideas que con tanta claridad nos ha resumido, demuestran que Cárcel Orti no aspira a dejar huella en la historiografía moderna, sino a **alimentar** el integristo católico. Sin embargo, de vez en cuando a los investigadores nos espeta con consideraciones como esta:

Les falta a determinados historiadores serenidad y algo de humildad para admitir que, quizá, las cosas no han sido como ellos las piensan o las entienden. En suma, si hay que hacer una buena y verdadera historia hay que situarse asépticamente, sin prejuicios en pro o en contra de nada ni de nadie, analizando los hechos con rigor⁶⁵.

En suma, en las publicaciones de Francisco Martí Gilabert y de Vicente Cárcel Orti, por citar los dos autores más representativos de la actual literatura martirial, la escasez o completa ausencia de trabajo

65. *Ibidem*, p. 7.

de archivo está en **consonancia** con su ignorancia de los amplios y contrastados aportes que han realizado los historiadores que sí realizan una labor investigadora y se formulan preguntas. Los trabajos de estos dos autores son deudores de la historiografía integrista y ultraderechista de tiempos de la Dictadura de Franco —aunque no siempre se cite a gente como Joaquín Arrarás o Aniceto Castro Albarrán por considerarlos demasiado señalados— con aportes actuales elegidos a conveniencia. En sus bibliografías, mucho más que en sus notas a pie de página, recogen en ocasiones a autores críticos con la Iglesia sólo como coartada, pues resulta patente que no los han leído y que aquellos a los que sí se han tomado el mal rato de leer lo han hecho de forma harto escorada y con el fin de darle una pátina de «modernidad y objetividad» a sus apolladas ideas.

En la práctica ignoran por completo las numerosas monografías provinciales y los trabajos de conjunto que poco a poco han ido poniendo al descubierto la magnitud de la represión franquista al hacer recuentos caso por caso, analizando los mecanismos con que se llevó a cabo y como la Iglesia Católica colaboró, desde los arzobispos hasta los párrocos, en el exterminio de decenas de miles de españoles. Una moderna historiografía que en absoluto ha ignorado la represión de izquierdas ni la violencia anticlerical, bastante más conocidas porque el franquismo las investigó y ventiló incansablemente durante cuatro décadas. Todos estos

trabajos con sólidas investigaciones de archivo, de hermeroteca y de fuentes orales no han interesado a tan ilustres historiadores integristas. Ellos prefieren ignorar el duro campo de las ciencias sociales y elucubrar de manera escolástica sobre unas determinadas verdades, aquellas emanadas de la propaganda franquista.

CONCLUSIONES

La literatura martirial eclesiástica nació en paralelo a la propaganda franquista durante la Guerra Civil y sintió su influencia, en particular en lo referente al tratamiento gráfico, mientras que por su parte contribuyó a reforzar el arsenal de argumentos que justificaban la sublevación como una «cruzada». Sin embargo, aunque el interés por la iconoclastia comenzó a decaer entre los militares y fascistas ya antes del final de la guerra⁶⁶, en el seno de la Iglesia el tema permaneció vivo. Cada diócesis, pueblo o ciudad, orden femenina o masculina, publicó crónicas de las violencias anticlericales y apasionados relatos de los martirios. Los clérigos se volcaron en dejar memoria de «sus» muertos, y

66. Alted Vigil, A., *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Centro Nacional de Información Artística, Arqueológica y Etnológica, 1984, pp. 90-91.

se mostraron también sensibles a los de las derechas, a los que con frecuencia abrieron hueco en sus relatos. Las víctimas republicanas, superiores en número⁶⁷, sólo encontraron silencio e incluso resentido desprecio. Esta actitud es humana entre quienes han sufrido mucho, pero no es menos cierto que convierte en hipócritas todos los llamamientos al perdón, el amor y la paz de la Iglesia, y hacía huera sus aspiraciones a acoger en su seno a todos los españoles.

El principal mérito de los relatos martiriales es el habernos dejado testimonio del alcance de las violencias anticlericales. Pero también es cierto que los relatos de los martirios son extremadamente sesgados y muchas veces parecen extraídos más de la literatura devocional barroca que de la realidad de los años treinta. Así, mucho sentido crítico y fuentes contrastadas son pre-

67. El recuento de víctimas de la Guerra Civil está todavía elaborándose, pero ya tenemos monografías regionales que arrojan cifras expresivas. Tomemos por ejemplo el caso de Andalucía, región dividida por la guerra. El número de víctimas de la represión ejercida por los republicanos es de 8.123, dato que puede darse por casi definitivo. Las víctimas de la represión ejercida por los franquistas durante la guerra y la posguerra asciende a 37.346, y seguramente crecerá conforme sigan avanzando las investigaciones. Cobo Romero, F. y Ortega López, T. M., *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 69 y 107.

cisos para acercarse a la literatura martirial. Ni de lo uno ni de lo otro hizo gala Antonio Montero Moreno, y por ello su voluminoso libro pierde buena parte del valor que debiera tener su esforzada aproximación al tema. Logró hacer una obra básica de consulta con aspiraciones de trabajo histórico, pero a la postre quedó como la culminación de la literatura martirial de la guerra y posguerra, con todo su maniqueísmo y voluntad ejemplarizante. Sus modernos continuadores no han aportado nada nuevo, más allá de suavizar con poca convicción algunas de las expresiones y conceptos más descarnadamente franquistas.

En el fondo la reciente literatura martirial reitera los argumentos gestados por la propaganda de la contienda bélica; el no plantearse preguntas hace que sea innecesario consultar la documentación que puede permitir encontrar respuestas. Todo queda reducido a declaraciones de personajes importantes, decretos anticlericales descontextualizados, conspiraciones, recuentos de daños iconoclastas y relatos de crueles martirios.

En el ámbito de los clérigos historiadores la literatura martirial tiene consecuencias dramáticas, pues contamina en mayor o menor medida a aquellos que desarrollan una labor investigadora con aspiraciones científicas. El clérigo que escribe historia mira primero a su campo, el eclesiástico, y no puede ignorar lo que sus compañeros de «gremio» publican, y cuando escribe piensa en sus potenciales lectores, una parte esencial de los cuales forman parte de ese campo.

En fin, la literatura martirial, desde el más apasionado panfleto publicado en la guerra hasta la última síntesis de un historiador eclesiástico, puede ser útil al investigador por los datos que aporta y poco más, ya que la falta de rigor y sentido crítico de unos escritos destinados más al consumo interno que a convencer a los ubicados fuera de la institución eclesiástica, la sitúan en el campo de la propaganda. Si tuviera que valorar lo que el conjunto de los varios centenares de publicaciones martiriales aporta a la *comprensión* de lo acaecido en la Segunda República y la Guerra Civil, diría que un libro tan temprano como *El laberinto español* (1943) de Gerald Brenan ha resultado más útil que todo ese inmenso volumen de páginas por una simple razón metodológica: se planteó preguntas y buscó, intentando eludir sus prejuicios, respuestas. Y es que los apologistas martiriales han actuado más con mentalidad de teólogos que dan por ciertas una serie de verdades indiscutibles a partir de las cuales elaborar su discurso, que como verdaderos historiadores dispuestos a dejarse sorprender por las cuestiones turbadoras que emanan de un uso contrastado de la documentación y la bibliografía.